

Thomas Hardy

Jude el oscuro



En la peripecia de Jude Fawley —en el abandono de su mujer, en su renuncia forzosa a seguir estudios universitarios, en la relación ilícita, tortuosa y vagabunda que emprende con su prima Sue—, Thomas Hardy quiso basar «una fábula trágica» con el propósito de «mostrar que, como dice Diderot, la ley civil debería ser solo el enunciado de una ley natural». Sin embargo, esta personal ilustración del conflicto entre la ley y el instinto fue acogida con tanta saña y escándalo por sus contemporáneos que un obispo hasta llegó a quemarla públicamente. «Tal vez el mundo —dice uno de sus personajes— no esté lo bastante iluminado para comprender una experiencia como la nuestra», y Hardy podría muy bien haberse defendido con sus palabras. Porque *Jude el oscuro* (1895) fue la primera novela que se atrevió a hablar a su época, por extenso y sin tapujos, de sexo, matrimonio y religión, y que quiso que fueran sus personajes quienes expusieran las inquietudes e interrogantes cuyas consecuencias sufrirían en un mundo que solo les ofrecía, como respuesta, confusión y oscuridad.

La letra mata

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

La historia de esta novela (cuyo nacimiento en su forma actual se ha ido retrasando demasiado debido a las exigencias de su publicación periódica) es brevemente como sigue. El guión fue trazado en 1890 mediante notas tomadas en 1887 y años subsiguientes, algunas de las cuales se basan en las circunstancias de la muerte de una mujer acaecida en ese primer año. En octubre de 1892 volví a visitar los escenarios; escribí el bosquejo del relato durante el año 1892 y la primavera de 1893; y tal como ahora aparece, a partir de agosto de 1893 e iniciado 1894. La obra entera, salvo unos pocos capítulos, llegó a manos del editor a finales de 1894. Se empezó a publicar, periódicamente, en la *Harper's Magazine* a últimos de noviembre de 1894, y continuó apareciendo mensualmente por entregas.

Pero, como en el caso de *Tess of the d'Urbervilles*, se trataba de una versión compendiada y modificada por diversas razones, por lo que en la presente edición aparece tal como fue escrita originalmente. Y ante la dificultad de resolver de forma inmediata el problema del título, el relato apareció bajo nombre provisional, pues se adaptaron dos títulos consecutivos. El actual y definitivo, que considero el mejor, fue uno de los primeros que pensé.

Puesto que se trata de una novela dirigida por un hombre a hombres y mujeres adultos; que intenta abordar sin afectaciones la irritación y el apasionamiento, el ridículo y la desdicha, que puede despertar la pasión más violenta que

pueda sufrir la humanidad; que quiere delatar sin eufemismos la guerra a muerte que hay entablada entre la carne y el espíritu; y que trata de hacer ver la tragedia que suponen las aspiraciones frustradas, no considero que se pueda reprochar nada a mi manera de exponerlo.

Como las anteriores producciones salidas de esta pluma, *Jude el oscuro* es simplemente un esfuerzo por dar forma y coherencia a una serie de opiniones o impresiones personales, cuya afinidad o discrepancia, persistencia o transitoriedad, no se han considerado de primera importancia.

Agosto 1895

Posdata

A la edición de este libro hace dieciséis años, con el Prefacio aclaratorio de más arriba, siguió una inesperada serie de incidentes; ahora puede uno mirar retrospectivamente lo que ocurrió. Un día o dos después de su aparición, los críticos de las revistas lo sentenciaron con términos que no tenían punto de comparación con los que mereció *Tess of the d'Urbervilles*, aunque hubo dos o tres voces que disintieron del coro. La acogida que tuvo el libro en Inglaterra fue telegrafiada inmediatamente a América, y a ese lado del Atlántico la música se vio reforzada por un agudo crescendo.

A mi juicio, lo más descorazonador de los ataques que se le han dirigido es que la mayor parte de la narración —la que presenta los malogrados ideales de los dos personajes principales, que era para mí la más interesante o quizá la única— ha sido dejado de lado por la prensa adversa de los dos continentes; y, lo que es más, que las veinte o treinta páginas de penosos detalles, considerados necesarios para completar la narración y mostrar las antítesis de la vida de Jude, fueron, casi, las únicas leídas y releídas. Y, cosa cu-

riosa, al imprimir al año siguiente un cuento fantástico que había aparecido poco antes en una publicación privada, cayó sobre mi cabeza una serie de injurias del mismo tipo procedentes de varios sectores.

Ese fue el desdichado principio de la carrera de *Jude* como novela. Tras estos veredictos de la prensa, su siguiente desventura fue el ser quemada por un obispo... seguramente en un arrebato de desesperación, al no poder quemarme a mí.

Luego alguien descubrió que *Jude* era una obra moral —austera en su tratamiento de un tema difícil—, como si el escritor, desde un principio, no hubiera venido diciendo en el Prefacio que era de eso de lo que se trataba. A partir de ese momento, muchos dejaron de condenarme, y la cuestión quedó zanjada. Y, que yo sepa, su única repercusión en la conducta humana fue la que tuvo sobre mí, ya que la experiencia me ha curado para siempre de todo interés por seguir escribiendo novelas.

Un incidente entre los muchos que destacaron de la tormenta de voces fue que un americano, hombre de letras de moral no blanqueada, me comunicó que, habiendo comprado el libro impulsado por las escandalizadas críticas, se puso a leerlo preguntándose dónde empezaría lo pernicioso de la obra, y al final lo tiró a un rincón maldiciendo a los críticos embaucadores que le habían inducido a gastarse un dólar y medio en lo que él prefería llamar «un tratado de religión y de moral».

Simpatiqué con él y le aseguré sinceramente que todas esas falsedades no habían sido un fraude preparado por mí para aumentar el número de lectores de mi obra entre los suscriptores de los periódicos en cuestión.

También está el caso de una señora que, después de estremecerse ante el libro por un influyente artículo que apareció con titulares interlineados de horror, publicado en un diario de difusión mundial, me escribió expresando su deseo de conocerme.

Pero volvamos al libro en sí. Como he recurrido en gran parte a las leyes matrimoniales como mecanismo trágico de la historia, y su móvil general tiende a mostrar que, como dice Diderot, la ley civil debería ser solo el enunciado de una ley natural (declaración que, por cierto, requiere alguna salvedad), desde 1895 se me viene acusando en este país de la grave responsabilidad de que el tema del matrimonio esté tan «sobado» (como lo calificó el otro día un gran escritor). No lo sé. Mi opinión en aquel entonces era, si mal no recuerdo, como ahora, que un matrimonio debería poder disolverse tan pronto como se convierta en una crueldad para cualquiera de las partes —pues entonces, esencial y moralmente, deja de ser matrimonio—; y me pareció buen fundamento para una fábula trágica, contada, con el único fin de contarla, como una presentación de detalles que contienen bastante de universal, sin perder la esperanza de que en ella se encuentren ciertas cualidades catárticas aristotélicas.

Asimismo, he utilizado las dificultades que había hecho veinte o treinta años para cursar estudios sin medios económicos; sin embargo, me he enterado de que algunos lectores han creído que los episodios relativos a esa cuestión eran un ataque a las venerables instituciones, y que, cuando más tarde se fundó el Colegio Ruskin, se debía haber llamado Colegio de Jude el oscuro.

El esfuerzo artístico siempre paga caro haber extraído sus tragedias de la lucha por la adaptación forzosa de los instintos humanos a unos moldes enmohecidos e irritantes a los que no se ajustan. Lo que hicieron Bludyer y el obispo con su incendiaria justicia, parece que quería decir únicamente eso: «Nosotros los británicos odiamos las ideas y debemos vivir de acuerdo con este privilegio de nuestro país natal. Puede que su cuadro no revele falsedades, ni cosas poco comunes, o que ni siquiera vaya en contra de las reglas del arte; pero no es la visión de la vida que nosotros,

los que prosperamos a la sombra de los convencionalismos, podemos permitir que se pinte».

Pero qué importaba. En cuanto a las escenas conyugales, a pesar de «poner el dedo en la llaga», y de los gritos de una pobre señora en *Blackwood* diciendo que se estaba formando una impía asociación antimatrimonial, el famoso contrato —sacramento quiero decir— se sigue celebrando normalmente; y la gente se casa y se entrega a lo que puede ser o no un auténtico matrimonio tan alegremente como siempre. Algunos articulistas sinceros han llegado a reprocharle al autor haber dejado la cuestión tal como la encontró, sin apuntar el camino para una necesaria reforma.

Después de la aparición de *Jude el oscuro* en forma de serial en Alemania, un experimentado periodista de este país informó al escritor que Sue Bridehead, la heroína, era el primer bosquejo literario de un tipo de mujer que se estaba haciendo notar y que aumentaba por miles cada año: la mujer del movimiento feminista, la delgada y pálida mujer «soltera», el manojito de nervios intelectualizado y emancipado, producto de las condiciones modernas de vida, principalmente en las ciudades, la cual no reconoce para la mayoría de su sexo la necesidad de seguir el matrimonio como una profesión, y alardea de superioridad porque goza del privilegio de ser amada en el acto. Lo que lamentaba este crítico era que el retrato de la recién llegada estuviera elaborado por un hombre y no por alguien de su propio sexo, que no le habría permitido ceder al final.

No puedo decir si esta opinión se ha confirmado con el tiempo. Ni soy capaz, después de un espacio de varios años desde la creación de la novela, de realizar más críticas de tipo general, aparte de alguna corrección verbal, contenga lo que contenga de bueno o de malo. Y no cabe duda de que, además, un libro contiene más de lo que su autor pone conscientemente en él, para su provecho o perjuicio, según el caso.

Abril de 1912

T. H.

PRIMERA PARTE

En Marygreen

Sí, son muchos los que se han descarriado por las mujeres y se han convertido en siervos por ellas. Y son muchos también los que han perecido, los que se han extraviado y los que han pecado por las mujeres... ¡Ah, hombres!, ¿cómo no van a ser fuertes las mujeres viendo lo que son capaces de hacer?

ESDRAS

I. 1.

El maestro se marchaba del pueblo y todo el mundo parecía sentirlo. El molinero de Cresscombe le había prestado su pequeño carro blanco y entoldado y el caballo para transportar sus enseres a su ciudad de destino, a unos treinta y dos kilómetros de distancia, ya que el vehículo en cuestión ofrecía sobrada capacidad para ese traslado. La vivienda de la escuela había sido equipada por la administración, y el único trasto engorroso que el maestro poseía, además del cajón de libros, era un piano vertical que había comprado en una subasta el año en que pensó aprender música instrumental. Aunque, pasado el primer entusiasmo, jamás adquirió soltura alguna para tocar, y la dichosa compra se había convertido en una constante molestia cada vez que cambiaba de casa.

El párroco, a quien no le gustaba el espectáculo de las mudanzas, se había ausentado durante todo el día. No tenía intención de regresar hasta el atardecer, cuando el nuevo maestro hubiera llegado, estuviera instalado y todo corriera normalmente otra vez.

El herrero, el alguacil y el propio maestro estaban de pie en el salón, en actitud perpleja frente al instrumento. El maestro había observado que, aun cuando consiguieran meterlo en el carro, no sabría qué hacer con él a su llegada a Christminster, ciudad a la que iba destinado, puesto que de momento se quedaría solamente en un alojamiento provisional.

Un niño de once años, que había asistido atentamente al embalaje, se unió al grupo de hombres; y al ver que se frotaban la barbilla pensativos comentó, ruborizándose al sonido de su propia voz:

—Tía tiene una leñera grande; podría dejarlo allí hasta que le encuentre sitio, señor.

—Buena idea —dijo el herrero.

Decidieron mandar una comisión a la tía del niño —una vieja solterona de la vecindad— y preguntarle si no le importaba guardar el piano hasta que el señor Phillotson enviara por él. El herrero y el alguacil fueron a tantear la posibilidad de esta sugerencia, y dejaron solos al chico y al maestro.

—¿Sientes que me vaya, Jude? —preguntó este cariñosamente.

Las lágrimas brotaron de los ojos del niño; no era uno de los alumnos de la clase diurna, de esos que entran prosaicamente en la vida del maestro, sino que había asistido a la clase nocturna solo desde que el maestro se encargaba de la escuela. Los escolares corrientes, a decir verdad, se hallaban muy lejos en ese momento, como ciertos discípulos que cuenta la Historia, poco dispuestos a cualquier clase de ofrecimiento entusiasta de ayuda.

El muchacho abrió con embarazo el libro que el señor Phillotson le había dado como regalo de despedida y reconoció que lo sentía.

—Yo también —dijo el señor Phillotson.

—¿Por qué se va, señor? —preguntó el niño.

—¡Ah!... sería largo de contar. No comprenderías mis razones, Jude. Quizá llegues a entenderlo cuando seas mayor.

—Creo que también podría entenderlo ahora, señor.

—Bien..., pero no lo digas por ahí. ¿Sabes lo que es una universidad y un título universitario? Es el sello que necesita todo hombre que quiera hacer algo en la enseñanza. Mi proyecto, o mi ilusión, es graduarme en la Universidad, y

luego ordenarme. Yéndome a vivir a Christminster o cerca de allí, estaré en el mismísimo centro del saber como quien dice; y si mi proyecto es factible, creo que viviendo allí encontraré más ocasiones de llevarlo a cabo que en cualquier otro sitio.

El herrero y su compañero regresaron. La leñera de la vieja señorita Fawley carecía de humedades y tenía fácil acceso; y al parecer, ella consentía en que instalasen el piano allí. Así que lo dejaron en la escuela hasta el atardecer, ya que entonces habría más manos disponibles para trasladarlo. Y el maestro echó una ojeada final a su alrededor.

Jude, el niño, asistió a la carga de unos cuantos bultos pequeños y, a las nueve en punto, el señor Phillotson subió junto a su cajón de libros y demás impedimenta, y se despidió de sus amigos.

—No te olvidaré, Jude —dijo sonriendo, mientras el carro se alejaba—. Pórtate bien, recuerda; y sé bueno con los animales y los pájaros; estudia mucho. Y si alguna vez vienes a Christminster, no dejes de pasar a verme, por nuestra vieja amistad.

El carruaje chirrió por el césped y desapareció luego tras una esquina de la rectoría. El niño regresó junto al pozo que había en un extremo de la explanada del prado, donde había dejado los cubos para ir a ayudar en la mudanza a su protector y maestro. Había ahora un temblor en sus labios y, después de quitar la tapa del pozo para bajar el cubo, apoyó la frente y los brazos en el marco, con una fijeza en el semblante propia del niño reflexivo que ha sufrido prematuramente los sinsabores de la vida. El pozo al que estaba asomado era tan antiguo como el mismo pueblo, y mirando desde esa posición, parecía como una perspectiva circular, terminada en un disco brillante de agua temblorosa a unos treinta metros de profundidad. Una felpa de musgo verde tapizaba su interior cerca del borde del agua, y más arriba tenía una orla de helechos y lengua cervina.

Jude se dijo, con melodramático tono de muchacho soñador, que el maestro había sacado agua de este pozo montones de veces en mañanas como esta, pero que nunca más vendría a sacarla. «Le he visto contemplando el fondo cuando se cansaba de tirar, como yo ahora, y cuando descansaba un momento, antes de cargar con los cubos para casa. ¡Pero era demasiado inteligente para aguantar aquí más tiempo... en un lugar tan dormido como este!».

Una lágrima saltó de sus ojos a las profundidades del pozo. La mañana era un tanto brumosa, y el aliento del niño se desparramaba como una niebla aún más espesa en el aire quieto y pesado. Una voz repentina interrumpió sus pensamientos:

—¡A ver si traes ya el agua, haragán!

Era una vieja que había salido hasta la entrada del jardín de una casa de techumbre de paja, no lejos de allí. El niño asintió con presteza, subió el agua con lo que representaba un gran esfuerzo para su tamaño, sacó y vació el enorme cubo en los dos que él había traído y, después de pararse un instante a tomar aliento, cargó con ellos y echó a andar por el húmedo césped que rodeaba el pozo, casi en el centro del pueblecito, o más bien aldea, de Marygreen.

Era este pueblo tan vetusto como pequeño, y descansaba en la falda de una altiplanicie ondulada vecina a las estribaciones del norte de Wessex. A pesar de su antigüedad, el pozo era probablemente el único vestigio de la historia local que se conservaba absolutamente intacto. Muchas de las casas de techumbre de paja y sólidas vigas habían sido derribadas de un tiempo a esta parte, y muchos árboles habían besado el suelo. Sobre todo, la antigua iglesia encorvada, con sus torres de madera y su pintoresca cubierta de cuatro vertientes, había sido echada abajo, y venido a parar o bien en montones de piedra para el camino, o bien en tabiques de pocilgas, bancos de jardín, postes de cercados y rocallas en los macizos de flores de la vecindad. En sustitución, cierto devastador de testimonios históricos —que ha-